

en la poesía contemporánea, y otro sobre la falsa delicadeza que dominó en la poesía de Francia durante el siglo XVIII ¹.

VI.

Direcciones individuales. — Ravaisson. — Lachelier. — Fouillée. — Guyau.

Hay un ilustre pensador contemporáneo, á quien es imposible omitir en una historia de la Estética, por más que hasta el presente no haya escrito nada de esta ciencia, salvo algún fragmento de crítica artística. Este filósofo, espiritualista independiente, que siempre ha marchado solo y con grandes bríos por el camino de la especulación más alta, es Félix Ravaisson, autor de un *Ensayo sobre la Metafísica de Aristóteles*, obra original y profunda, que algunos estiman como el fruto más maduro de la filosofía francesa de nuestro siglo. De él ha dicho Vacherot: «No conozco libro publicado desde hace cuarenta años que enseñe más sobre el objeto, el método y la verdadera explicación metafísica de las cosas ² ». Pero hay un libro de Ravaisson que todavía nos da más luz sobre el fondo de su pensamiento. En su informe sobre *La filoso-*

¹ *La Delicatesse dans l'Art*, par Constant Martha, Membre de l'Institut, Professeur à la Faculté des Lettres de Paris: Paris, Hachette, 1884.

² Vide Vacherot: *Le Nouveau Spiritualisme*: 1884, página 121.

fía en Francia en el siglo XIX, Ravaisson proclama una especie de misticismo estético. El bien es el amor mismo, y el amor es el principio y la razón de la belleza. Se puede explicar la idea general del bien refiriéndola á la belleza, pero á su vez la belleza se reduce en último análisis (á lo menos la Belleza Suprema) al Bien por excelencia, que es el fondo de la perfección, la esencia de lo divino. Refiriendo las principales categorías de la Estética á los elementos primordiales de la naturaleza divina y humana (poder, inteligencia y amor), podemos decir que lo sublime del terror corresponde al poder; lo bello propiamente dicho á la inteligencia, y finalmente al amor lo sublime superior y propiamente sobrenatural, que constituye la más excelente y divina belleza, la belleza de la Gracia y de la Caridad. Á los ojos de Ravaisson, la Estética no es solamente una parte muy importante de la filosofía, sino que, considerada en sus principios, se identifica con la Moral, y es toda la Filosofía, porque si la Belleza es el móvil del alma y lo que la hace amar y querer y obrar y vivir y, en una palabra, *ser; sólo la Belleza, y principalmente la más divina y perfecta, contiene el secreto del Mundo*. Por eso dijeron los antiguos que «Eros fué el primero y el más omnipotente de los dioses ¹». Es el Dios que se sacrifica á sí mismo para que de sus miembros se formen las criaturas.

¹ *La Philosophie en France au XIX^e Siècle....*, páginas 244 á 281.

De esta doctrina ha dicho Vacherot que « es el espiritualismo más absoluto, más sabio, más profundo, y al mismo tiempo más amplio que haya sido expuesto desde el origen de la filosofía espiritualista en Francia ». Es evidente que Ravaisson, que comenzó por Aristóteles, alta y metafísicamente interpretado, y obedeció luego por algún tiempo á la influencia de Schelling, modificada por la de Leibnitz, ha terminado por un misticismo entre cristiano y alexandrino, por una *philographia* ó ciencia del amor. Pero la originalidad de Ravaisson consiste en que, siendo místico, no es, con todo eso, idealista ni platónico, sino que permanece aristotélico, y condena en términos expresos el idealismo absoluto que elimina como accidentales los caracteres específicos y pretende llegar por una fantástica generalización á lo más elevado que hay en el orden inteligible, con lo cual sólo consigue destruir su propia obra, reduciéndolo todo á las condiciones lógicas más elementales, que no son el máximo, sino el mínimo de perfección. Los dos metafísicos de más fuerza que ha dado Francia en este siglo, Ravaisson y Bordas-Demoulin, están profundamente divididos en este punto. Ravaisson quiere llegar á la intuición de lo Absoluto, no por una síntesis ideológica ó dialéctica, sino por una síntesis psicológica al modo de Aristóteles y de Leibnitz, por una conciencia inmediata de nuestra naturaleza íntima, de nuestra personalidad imperfecta y relativa,

que reclama por su misma imperfección lo absoluto de la perfecta personalidad, que es la sabiduría y el amor infinitos. De este modo la Metafísica brota de las entrañas de la Psicología, y al mismo tiempo la explica y le da su razón última por analogía trascendental. « Dios sirve para entender el alma, y el alma para entender la naturaleza. » Porque la naturaleza también es *personal* en el sistema de Ravaisson, como en la *Monadología* de Leibnitz, y también, aunque en menor grado, presenta los caracteres de actividad espontánea é intencional. De este modo una doctrina mística y ultra-espiritualista viene á darse la mano con las últimas y más audaces conclusiones de una cierta especie de *monismo* impropriamente llamado materialista, puesto que acaba por suprimir la materia. Y esta es la grande originalidad de la tentativa de Ravaisson, que aspira nada menos que á reconciliar la ciencia positiva con la metafísica tradicional en su expresión más castiza y sistemática, en la *Metafísica* de Aristóteles. Bajo este aspecto, Ravaisson significa en Francia lo que Lotze en Alemania, y, valiendo tanto como él, no le debe nada, aunque su sistema conduzca á análogas consecuencias, es decir, á considerar los fenómenos naturales como manifestaciones de una actividad radical y espontánea, y á resolver toda existencia en el espíritu infinito y en el amor, ó, lo que es lo mismo, en el Bien, del cual dijo Aristóteles que pendía toda la Naturaleza. Todo se cumple en el mundo, no por

mecanismo brutal, sino por el desarrollo de una tendencia al bien, á la perfección, á la belleza. Lo sensible no se entiende más que por lo inteligible, y la naturaleza no se explica más que por el alma. Sin la idea de finalidad, sin la idea de armonía, ¿qué sería la ciencia de los seres organizados y aun de los inorgánicos? Excluir de la ciencia la Metafísica, vale tanto como excluir el pensamiento. Las causas físicas son meras condiciones; la causa eficaz y final no puede ser otra que el espíritu. «La naturaleza no es más que una dispersión ó refracción del espíritu.... Desde el punto interno y central de la reflexión, el alma no se ve solamente á sí propia, y también ve como en su fondo el infinito de donde emana, sino que se ve y se reconoce más ó menos diferente de sí misma, de grado en grado, hasta esos extremos límites donde en la dispersión de la materia toda unidad parece disiparse, y toda actividad desaparece bajo el encadenamiento de los fenómenos.» Tenemos, pues, que, según Ravaisson, en el alma se encuentra todo lo que se desarrolla en la naturaleza, conforme á la sentencia de Aristóteles «*el alma es el lugar de todas las formas*», y la no menos profunda de Leibnitz «el cuerpo es un espíritu momentáneo».

Nos hemos detenido tanto en la doctrina de Ravaisson, no sólo por su indisputable grandeza y por el enérgico esfuerzo intelectual de que da testimonio en medio de la anarquía, ó más bien de la abyección metafísica que estamos pre-

senciando, sino por la importancia suprema que en ella se concede á lo Bello y al Arte, lo mismo que en la de Schelling, con la cual no deja de tener algunos puntos de contacto. Ravaisson no es popular ni puede serlo: la popularidad pertenece á los espíritus brillantes y superficiales; pero ha formado algunos discípulos eminentes, entre los cuales hay que contar en primer término á Julio Lachelier, que desgraciadamente no ha publicado obra alguna, excepto su tesis sobre la Inducción, y á quien sólo conocemos por dos artículos de un oyente suyo ¹. Lo mismo que su maestro, Lachelier refunde toda filosofía, y aun toda ciencia, en la Estética. La ciencia no puede ser más que ciencia de finalidad y de armonía; toda armonía es un grado mayor ó menor de belleza; por consiguiente, una verdad que no sea bella, no puede ser más que un juego lógico de nuestro espíritu: *la única verdad sólida y digna de este nombre es la Belleza*.

Esta filosofía estética que identifica la verdad con la belleza, y esta moral estética que identifica lo bueno con lo bello, han sido objeto de la crítica penetrante y demoledora de Alfredo Fouillée ², espíritu negativo y sutil, dialéctico hábil, que en sus últimas obras ha dado lamentables muestras de pasar del criticismo al posi-

¹ Gabriel Séailles, en la *Revue Philosophique* de Ribot (Enero y Mayo de 1883).

² Vide *Critique des Systèmes de Morale Contemporains*, par Alfred Fouillée....: Paris, G. Baillière, 1883, páginas 319 á 358.

tivismo evolucionista. Acusa á Ravaisson y á sus discípulos de proceder, no por análisis riguroso y preciso, sino por un método de intuición y de síntesis, que abre largo camino á la imaginación metafísica. El principio sobrenatural y supra-racional que pone Ravaisson por fundamento común de la Estética y de la Moral, el Amor absoluto, le parece una quimera digna de la teosofía alejandrina. Para él la idea *trascendental* de Belleza implica contradicción. La Belleza es una *finalidad formal*, y la idea de lo Absoluto debe estar levantada sobre toda forma sensible ó inteligible. No se puede decir, en rigor filosófico, que lo Absoluto sea bello. Tampoco el concepto de lo Absoluto es idéntico al del Bien, á lo menos con identidad inmediata, puesto que la voluntad absoluta que Schopenhauer concibe es mala é irracional de suyo.

Concede, sin embargo, Fouillée que el sentimiento de lo bello, lo mismo que el de lo bueno, engendra en el espíritu un sentimiento más ó menos obscuro de ilimitación, y se convierte para nosotros en símbolo de lo infinito. Pero Fouillée no quiere que á este hecho puramente psicológico se le dé ningún valor trascendental y objetivo, admitiendo una conciencia real de lo Absoluto. Y en cuanto al hecho mismo, procura explicarle, como los psicólogos ingleses, mediante las leyes de asociación, que rigen lo mismo las ideas que las imágenes y los sentimientos. Todo objeto bello provoca en nosotros una idea ó un sentimiento determinado;

pero además provoca por contagio ó *sugestión* otra multitud de ideas, imágenes y sentimientos vagos, á los cuales responde en el cerebro la excitación que los fisiólogos llaman *difusa*. Un placer estético nunca viene sólo: siempre despierta confusas reminiscencias, y se compone en gran parte de recuerdos más ó menos inconscientes. Las sensaciones actuales se funden con los recuerdos, como el color principal se funde con los colores complementarios, y la nota dominante con los sonidos armónicos que la acompañan. Por otro lado, nuestra noción de lo infinito es la traducción más ó menos abstracta del deseo insaciable, de la aspiración que nada puede satisfacer enteramente, de la voluntad que por todas partes encuentra límites y quiere traspasarlos. La Belleza, por la misma emoción que produce, excita en nosotros la idea del goce completo y sin límites, de la felicidad suprema: cuando después sentimos que este goce es inasequible, tiende el placer á convertirse en tristeza y la sonrisa en lágrimas. *Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angit.* La misma universalidad y desinterés que la emoción estética trae consigo, contribuye á darla cierto carácter de infinitud. Fouillée va muy adelante en este camino, y á veces, contra su propósito, casi parece coincidir con Ravaisson. Desde luego propende como él á ver en el objeto bello un *símbolo del amor universal*, y á identificar la gracia estética con la gracia moral. Y tampoco teme decir que «toda verdadera belleza

es, *ya por sí misma*, ya por lo que nosotros la añadimos, un infinito sentido ó presentido». Pero entendámoslo bien; no se trata más que de un infinito psicológico y subjetivo, no de que se realice en un mundo trascendental el principio absoluto de la bondad y de la belleza. En cuanto á esto, Fouillée no niega ni afirma nada: lo absoluto es una simple *x*: *puede* ser más bello y más bueno que cuanto nosotros imaginamos; pero *puede* también que no sea ni bueno ni bello. Así continúa planteada la eterna incógnita kantiana.

Hay un joven pensador que tiene estrechas afinidades con Fouillée, del cual, al parecer, ha sido discípulo, á lo menos en cuanto á las teorías éticas, objeto capital de las meditaciones de ambos. Este pensador, llamado M. Guyau, autor de muy doctos libros sobre la Moral de Epicuro y la Moral Inglesa Contemporánea, es también poeta distinguido y estético muy inteligente, como lo muestran sus *Problemas de la Estética Contemporánea*¹, libro de muy amena lectura, que ofrece algunos puntos de vista relativamente nuevos é ingeniosamente desarrollados, aunque no todos igualmente plausibles ni mucho menos. El autor se ha propuesto demostrar, contra Herbert Spencer y los antiguos kantianos, que el placer del arte no se explica por el placer del juego; resolver los supuestos antagonismos entre el arte y la industria, entre

¹ *Les Problèmes de l'Esthétique Contemporaine*, par M. Guyau. Paris, Félix Alcan, 1884.

el espíritu científico y la imaginación, entre el espíritu científico y el instinto espontáneo del genio, entre el espíritu científico y el sentimiento; responder á los tristes vaticinios que anuncian la próxima desaparición del arte, mostrar hasta qué punto la poesía puede inspirarse en las ideas científicas y filosóficas, y, por último, defender la forma poética por excelencia, la forma métrica, de los absurdos ataques que continuamente la dirigen hombres destituidos del sentido de la armonía; y vindicar al mismo tiempo la dignidad del arte contra los propios artistas que quieren reducirle á una cuestión de procedimiento, de factura y de *rima rica*, escuela numerosa en Francia, donde toma el nombre de *Parnasista* y otros varios. Las cuestiones, como se ve, tienen todas gran carácter de actualidad, sin carecer por eso de valor esencial y teórico. Todas ellas, en el pensamiento de Guyau, se reducen á un solo objeto: defender el carácter serio del arte, considerado, ya en su principio y fondo, ya en su futuro desarrollo, ya en su forma, que debe reflejar toda la sinceridad del pensamiento y de la sensación. Para esto va contestando sucesivamente á las diversas objeciones de los filósofos, de los sabios en ciencias positivas, y de los mismos artistas; y sin menoscabo de la independencia del arte dentro de su esfera propia, muestra cómo se encuentra y debe encontrarse mezclado á todas las manifestaciones de la vida, á toda la existencia moral y material de la humanidad.

No quiere Guyau que el arte se reduzca á un vano *dilettantismo* que prescinda totalmente de lo verdadero, de lo real, de lo útil y de lo bueno, ni tampoco á mera gimnasia del sistema nervioso, como da á entender la escuela evolucionista. Sostiene que la *utilidad* es ya un primer grado de belleza, aunque ciertamente no muy elevada, y que la satisfacción del deseo nada tiene de esencialmente antiestético. Por ejemplo, en las funciones de nutrición, el sentimiento de la vida reparada y renovada constituye una armonía verdadera y profunda que no carece de belleza. El amor sexual, aun bajo la forma de deseo físico, ha sido siempre un elemento poético de grande importancia, y en cierto modo el arte es una transformación del amor. «Considerar el sentimiento estético divorciado del instinto sexual y de su evolución (dice el autor), nos parece tan superficial como considerar el sentimiento moral á parte de los instintos simpáticos.» Por este camino se va muy lejos, y Herbert Spencer parece un idealista al lado de Guyau, cuya estética no deja de tener bastantes puntos de contacto con la psicología de La-Mettrie y de Helvecio. Todo el mundo dice y piensa que los sentidos estéticos por excelencia son la vista y el oído, por lo mismo que nos comunican sensaciones menos inmediatas y menos intensas. Pero Guyau arregla esto de otro modo, y los declara inferiores *bajo el aspecto estético*. Y en efecto hay otros sentidos que tienen relación más directa con el

instinto sexual. No puede negarse que es muy elevada la filosofía que hoy domina. El gran sentido estético resulta ahora ser el tacto que, «ayudado del gusto, del olfato y de todos los sentidos vitales, ha enseñado casi siempre á los ojos lo que debían admirar, buscar y amar». De este modo la génesis del sentimiento estético ha de buscarse en la historia de las necesidades y de los deseos humanos más ínfimos. Guyau cree en el carácter estético del arte culinario y de la perfumería ¹.

Apresurémonos á advertir que no todo en la Estética de Guyau es de esta misma fuerza: hay en ella cosas profundas y verdaderas. Así, por nuestra parte, encontramos fundado el cargo que dirige á la escuela kantiana de haber *intelectualizado* exageradamente la belleza, prescindiendo del elemento sensible y del elemento activo. Este es, en efecto, el pecado capital de la escuela crítica, de la escuela evolucionista y de otras muchas, y es el que todavía mantiene la psicología estética en un estado de relativo atraso, y eterniza discusiones que no serían posibles si partiésemos de la unidad é integridad de la conciencia humana, en vez de dividirla artificialmente. Esta verdad, vislumbrada por Guyau, es la que da verdadera importancia á su libro, prescindiendo de los efluvios materialis-

¹ Todos los ejemplos que Guyau alega en favor de tan extraña tesis, se explican por la asociación de ideas y de recuerdos, ó se reducen pura y simplemente á la categoría de lo agradable.

tas de que hoy está saturada la atmósfera. El Arte es acción no menos que contemplación, y no puede ni debe aislarse de la *vida*. Precisamente el ideal supremo del artista consiste en infundir la vida en su obra, en crear. Lejos de ser la ficción elemento esencial del arte, es una limitación. El verdadero fin artístico es la vida, la total realidad. Es cierto que este fin no se realiza nunca plenamente; pero, como dice en frase muy bella nuestro autor, «el arte es como el sueño del ideal humano, fijado en piedra dura ó en tela, sin poder nunca levantarse y andar».

Todo lo que es serio y útil, todo lo que es real y vivo, puede, *en ciertas condiciones*, llegar á ser bello. Estas condiciones dependen, ya de los movimientos, ya de las sensaciones, ya de los sentimientos. M. Guyau acepta en lo substancial la teoría de Herbert Spencer sobre la gracia, si bien difiere en no suponer la *gracia*, propia y exclusiva de los movimientos del juego, puesto que las cualidades estéticas del movimiento se realizan de un modo quizá más perfecto en el trabajo consciente y reflexivo. Á la fórmula de Schiller, «el hombre no es completo más que cuando juega», sustituye Guyau esta otra: «el hombre no es completo sino cuando trabaja». La gracia no es incompatible con el trabajo en general, sino con el trabajo perdido, con el esfuerzo inútil. Cuando vemos un movimiento gracioso, simpatizamos ciertamente con los miembros que le ejecutan; pero simpatizamos todavía más con la energía de la voluntad que

mueve los miembros para un fin. No se pueden considerar los miembros sin el motor, el gasto de fuerza sin la voluntad que la gasta. La belleza superior de los movimientos pertenece á la esfera de la actividad, del sentimiento y de la conciencia. Para encontrar bella la naturaleza, tenemos que imaginarla viva. La fuerza física sólo tiene valor estético como símbolo expresivo del poder de la voluntad. La gracia es, ante todo, como decía Schelling, la expresión del universal amor. La fuerza representa en la expansión de la vida el elemento viril, la gracia el elemento femenino. La belleza suprema de los movimientos consistiría en la unión de la fuerza y de la gracia, en la expresión de una voluntad que fuese á un tiempo la más enérgica y la más dulce.

Del mismo modo, la belleza del sentimiento se compondrá de fuerza, de armonía y de gracia, y será, ante todo, la expresión de una voluntad que está en armonía con su medio y con las otras voluntades. Infiérese de aquí, y Guyau no rechaza esta conclusión extrema, que la emoción artística puede considerarse en la mayor parte de los casos como una simple forma derivada de la emoción moral ó simpática. Y no se alegue el uso frecuente que hace el arte de sentimientos tales como la cólera, el odio y el deseo de venganza; porque estos sentimientos sólo resultan estéticos en aquella medida en que participan del carácter ético. Así la venganza se confunde en las naturalezas salvajes con el amor de la justicia, la cólera es una forma infe-